



PEDRO • BLOT

ME determino á publicar aparte, y fuera del lugar que debiera ocupar en la serie intitulada LAS ETAPAS DE UNA CONVERSION, la narracion que va á leerse. Por orden de fechas fué la segunda historia que me contó Juan; la segunda, al menos, relacionada con su propia vida. Sálese en verdad del plan general que me había trazado, y apenas sabría qué lugar darla entre los episodios que forman las cinco jornadas del viaje misericordioso de la Gracia al encuentro de un alma.

Estas cinco etapas, que son: *La muerte del padre* (ya publicada), *La primera comunión*, *El corazón de Carlos*, *María*, y *La segunda comunión*, forman un todo completo y no dejan entre sí hueco alguno donde poder intercalar un episodio de cierta importancia.

Y sin embargo, ni quiero ni puedo yo suprimir este episodio que muestra á Juan bajo un aspecto que es necesario conocer; que muestra las buenas cualidades de Juan, y también sus defectos. Colocado al fin de toda la obra no estaría bien: sería demasiado tarde. Entre *La muerte del padre* y *La primera comunión* fué donde Juan me contó el extraño suicidio del obrero en cuyo corazón habían asesinado á Dios los sofistas, y en el mismo intermedio voy yo á contarle.

Mas en lugar de abrir, como él, un ancho paréntesis al efecto, pongo bajo un título especial este drama, que está completo por sí mismo. Y de esta manera habré respetado, hasta en este ligero detalle, el deseo de aquel que es el verdadero autor de estas páginas.

En realidad, ésta es una aventura de Juan *ya convertido*, y no está ligada al resto de la obra sino por el niño Facio, el hijo adoptivo de Juan y de Magdalena.

Pero Juan, á quien yo deseo pintar tal cual era, me parecería mutilado si no le mostrara siquiera una vez en su papel de amigo al lado de un obrero, con su ardiente pasión por hacer bien, su desprecio, tal vez exagerado, de las teorías políticas, y la idea imperfecta que tenía de las soluciones ofrecidas en lo más angustioso del problema social por la ciencia católica, que ha entrado en la lid después que él ha muerto.

La vida cristiana de Juan estuvo consagrada casi toda ella á los obreros. Bien lejos de tener sobre el conjunto de las cuestiones obreras la ciencia y la experiencia de los que predicán hoy en día la cruzada de *reconciliación*, empleaba ya, sin embargo, esta palabra, implícitamente contenida en el programa de las conferencias de San Vicente de Paul, y bien que sus ideas fuesen insuficientes é insuficientemente por él expresadas, quizá tuvo el mérito de ser el primero que las enunciase, como nacidas en él de su odio contra la política de explotación, contra esa lepra que corroe la senectud del mundo.

Llamaba él política de explotación á la industria de esos comerciantes que labran su fortuna vendiendo mentiras á la miseria y odios á la desgracia.

No era seguramente ignorante en materia de socialismo. Había ido cayendo, uno á uno, en todos los errores llamados *generosos*, que entusiasmaron y embrutecieron al primer tercio de este siglo; había conocido al Mapah, cuyo nombre significaba padre y madre, tío y sobrino, tía y sobrina; dios singular que se bebía hasta la camisa: había admirado la soberbia barba del *padre* Infantín, cada pelo de la cual se convertía, á la hora que se quisiera, en una sociedad israelita comanditaria: había creído á Carlos Fourier el menos loco de los utopistas y el más desinteresado, pero que, desgraciadamente para su mecánica falansteriana, encontró un día medio y ocasion de hacer un ensayo, es decir, de dar al traste con ella: había viajado por el país de Icaro con Cabet, y había frecuentado los talleres nacionales con el Sr. Luis Blanc: no había sistema, no había tienda del género, no había específico social que le fuera desconocido. Y no deja de tener sus ventajas el conocer todo esto, pues cuantas más veces se han visto los frutos del charlatanismo llevado á la práctica, mejor se descansa en brazos de la verdad.

Conocía Juan perfectamente á todos los clowns de la popularidad; hábiales visto tan de cerca, que conservaba de ellos una especie de náusea conti-

nua, y su principal vocacion era la de aislar y libertar al obrero de su influencia corruptora.

Quizás había llegado él demasiado viejo á la luz para servir á los demás de lumbrera: esta es la desgracia de los que tardan. No hallareis en la aventura de Juan con su obrero ni observaciones, ni máximas, ni teorías; no es más que una pobre historia desnuda de adornos, precedida de un punto de discusion literaria.

Debo añadir que Juan me ha contado otras muchas historias del mismo género, y que yo mismo he visto con mis ojos gran número de hechos análogos que tendrían el mérito de ser más sencillos, más fáciles de poner en escena, y, por consiguiente, más conmovedores; pero Juan estaba enamorado precisamente de esta anécdota por lo extraordinario del asunto. Y en efecto, no puede dudarse que penetra de lleno en el fondo del abismo de absurdos en que se anega el desamparo de los infelices á quien la industria de los políticos de café ha escamoteado la consolacion suprema; de suerte que, en lugar de tener á Dios por refugio, amarillan las contusiones de su frente contra este muro terrible: el odio de Dios.

No ciertamente contra el odio que Dios tiene..... Dios no tiene más que inmensas é infinitas compa-

siones, sino contra el odio que ellos tienen á Dios; odio con que les han traídoramente envenenado.

Si Juan hubiera sido más joven se hubiera puesto al frente del movimiento de que estamos siendo testigos: este era su papel natural. Vió por lo menos la aurora de este movimiento, y recuerdo que la primera vez que oyó, muy poco tiempo antes de morir, la elocuente y profética palabra del soldado, joven entonces y desconocido, que ha llegado á ser el general del ejército del bien, exclamó trasportado de alegría:

—Hé ahí un coracero (1) que empleará quizá doscientos años en abrir el portillo por donde Dios vuelva á entrar en la mansión del trabajo; pero ¿qué importa el tiempo? Muerto ó vivo, él habrá levantado el bloqueo del taller, y la victoria se llamará con su nombre.

Marchóse aquel día sin ofrecer su mano envejecida al joven y vigoroso apóstol, no ciertamente porque tuviera celos; pero contra su costumbre, se apoyó silenciosamente en mi brazo para volverse á su guardilla, y, ya en la escalera, me dijo:

(1) El señor conde Alberto de Mun era entonces capitán de coraceros.

—Dios tiene piedad de los que llegan como yo, malos obreros de la última hora, pero nada más: no tiene más que piedad. No les concede nunca la sublime alegría de los vencedores. A los jóvenes, á los valientes que son bastante dichosos para tener en la edad de la fuerza la santa voluntad de pelear, yo no puedo ayudarles más que con el fervor de mis oraciones.

Y en uno de los días siguientes, calmado ya por la reflexión, añadía:

—¿Has visto bien, has oído bien al coracero? No sé yo si se saldrá con la suya, porque Dios no ha prometido á su Iglesia un consuelo tan grande. La tiranía que el mal ejerce sobre el obrero es el más preciado privilegio del Infierno, y el Infierno no quiere soltarle. Pensar que esos millones de infelices que sufren pueden ser consolados aún en este mundo y victoriosamente emancipados de su tenebrosa esclavitud, quizá sea una utopía. Pero, de todos modos, ¡bendiga Dios al valeroso joven que ha dado una fórmula clara, sencilla y viril á los indecisos conatos de mi deseo! Ese joven ama verdaderamente á Jesús en el obrero. Es un alma noble y un corazón firme y decidido. Detrás vendrán otros más sabios que él, si no más elocuentes; pero lo que él funda será más bien una falange, más bien un ejér-

cito que una escuela, y él quedará siempre de jefe por el derecho que le da su intrépida iniciativa.

Aun cuando cayera en el camino, bajo el peso demasiado enorme de la cruz que ha cogido á cuestas, su caída siempre sería gloriosa y fecunda como un triunfo. Los hombres de su temple alcanzan la victoria sólo algunas veces en vida, casi siempre muriendo.....



I

EL LIBRO QUE HAY QUE HACER

UA familia de Juan, como he dicho, se componía de Magdalena, su mujer, y de Facio; pero puede decirse que formaba parte de ella también la niña Berta, que iba á pasar el día á su casa una ó dos veces por semana, estando lo demás del tiempo en un colegio.

Parecíame que Magdalena no quería demasiado á esta niña; pero Juan estaba loco por ella. Berta y Facio andaban á la greña por inclinacion. A decir verdad, ni uno ni otro eran malos; pero Facio tenía el dardo parisiense en la punta de la lengua, y Berta, por su parte, en la punta de los dedos.

Los otros hijos de Juan y de Magdalena, es de-